

AC 08 122

Hola, buenas noches, bienvenidos un día más al tiempo del curso de acceso directo a la universidad para mayores de 25 años, el CAD. Esta noche en nuestro espacio, introducción a la historia del mundo contemporáneo, nos acompaña la profesora Rosa Pardo, con la que hablaremos de liberalismo y nacionalismo. Con la derrota de Napoleón parecía que la revolución francesa y sus ideas estaban liquidadas, se restauran las monarquías absolutas y en el Congreso de Viena se diseña un mapa europeo pensando que la paz está asegurada en el interior y en el exterior de los estados, pero la restauración conservadora no logra erradicar el legado ideológico de la revolución francesa.

De esa herencia, dos corrientes ideológicas van a demostrar un mayor potencial subversivo, el liberalismo y el nacionalismo. Ambas ideologías serán el motor de los principales acontecimientos del siglo XIX, aunque pronto, sobre todo desde 1848, compartirán protagonismo con otras dos corrientes ideológicas, la democracia y el socialismo. Esta noche en nuestro programa este será nuestro tema, liberalismo y nacionalismo.

Para ello nos acompaña la profesora Rosa Pardo. Buenas noches. Buenas noches.

Quizás la primera cuestión sería definir ambos conceptos, liberalismo y nacionalismo. Empecemos por el liberalismo. ¿Cuáles son los orígenes ideológicos y filosóficos del liberalismo? El liberalismo, palabra inventada en España, por cierto, surge como un pensamiento crítico contra la forma despótica de gobierno, que es la monarquía absoluta.

También contra la concepción social del antiguo régimen. En el antiguo régimen la sociedad era desigual y estática, creada así por la gracia de Dios, y en ella cada uno nacía con la obligación de cumplir las funciones que correspondían a su estrato social. En consecuencia, la nobleza y la jerarquía crenciástica disfrutaban de todos los privilegios.

Las primeras voces críticas contra este estado de cosas se escucharon en la Inglaterra del siglo XVIII. Allí la oposición parlamentaria reclamó al rey un gobierno constitucional, ciertas libertades civiles y tolerancia religiosa. Fueron las ideas de los niveladores recogidas por el partido Whig, por Locke y en el siglo XVIII por los líderes de la independencia norteamericana.

En el caso de la Europa continental, el nacimiento del liberalismo se asocia al movimiento de la Ilustración en el siglo XVIII. Los filósofos franceses, al aplicar la razón y el conocimiento científico al análisis de la realidad social, llegaron al convencimiento de que todos los hombres nacían con capacidad de raciocinio, capacidad de tomar decisiones. Por lo tanto, todos tenían el mismo valor moral.

Además, como hombres tenían una serie de derechos naturales, derecho a la vida, a la libertad, a la búsqueda de la felicidad, a la propiedad. Por esa razón, debían poder disfrutar de una existencia libre e independiente y, por supuesto, debían ser iguales ante la ley. La Declaración de Independencia de los Estados Unidos de 1776 y la Declaración de los Derechos del Hombre

de 1789, que proclamaba el fin del régimen aristocrático en Francia, son quizá dos de los textos más significativos de este primer liberalismo.

Junto con las obras de Adam Smith, de Montesquieu, de Voltaire, de Tocqueville, de Penn, quizá podrías leer un texto que podría dejar las cosas un poco más claras. Sostenemos como evidentes estas verdades, que todos los hombres son creados iguales, que son dotados por su creador de ciertos derechos inalienables, que entre éstos están la vida, la libertad y la búsqueda de felicidad, que para garantizar estos derechos se instituyen entre los hombres los gobiernos que derivan sus poderes legítimos del consentimiento de los gobernados, que cuando quiera que una forma de gobierno se haga destructora de estos principios, el pueblo tiene derecho a reformarla o abolirla, en instituir un nuevo gobierno que se funde en dichos principios y a organizar sus poderes en la forma que a su juicio ofrecerá las mayores probabilidades de alcanzar su seguridad y felicidad. Bien, ¿cómo podemos entonces definir liberalismo? Pues el liberalismo es una ideología que concede una importancia primordial a la libertad individual, porque considera que la libertad individual es la clave del progreso social.

Se trata de una concepción de la sociedad individualista y a la vez optimista. Individualista porque da prioridad al individuo frente a los intereses y el poder del Estado o de cualquier grupo. Optimista porque piensa que eliminando las trabas políticas o económicas el individuo se desarrollará y podrá adquirir determinadas virtudes morales.

¿Qué virtudes? Pues confianza en uno mismo, prudencia, tolerancia, respeto por los demás, unas virtudes que llevarán a una sociedad nueva. En esa sociedad, independientemente de las diferencias en cuanto a riqueza, existirá, creen los liberales, una moral común de autodisciplina y de respeto mutuo. ¿En qué se traducen esas ideas desde el punto de vista político? Pues si los individuos son naturalmente libres e iguales, el gobierno debe fundarse en el consentimiento de los gobernados, el gobierno debe rendir cuentas al pueblo y debe tener limitadas sus atribuciones para salvaguardar la libertad individual.

Esas ideas se traducen en una gran desconfianza del Estado y del poder. El poder del Estado hay que reducirlo al máximo, hay que limitarlo, hay que fraccionarlo. El hecho es que los límites del poder deben quedar definidos por escrito, en textos legales.

De ahí que se aprueben constituciones, leyes constitucionales o cartas otorgadas. Es el gobierno de la ley. El régimen político debe ser la expresión de un ordenamiento jurídico y no derivarse de la organización tradicional, heredera del pasado, de la costumbre.

Eso por una parte. Por otra parte, lo que se hace es que el poder se va a repartir entre la corona y la representación elegida por los ciudadanos. Es lo que se llama la soberanía nacional.

Además, esta representación elegida normalmente se diseña también dividida en dos cámaras de representantes. Una baja, el Congreso, más representativa, y otra cámara alta que sería el Senado, más conservadora, donde todavía quedan muchos nobles o gente elegida directamente por el poder. Otros rasgos de los nuevos regímenes son que las constituciones

recogen libertades de opinión, de expresión y de reunión.

Y también que se emprende un ataque al poder económico y social de la Iglesia, sobre todo en la enseñanza, que es símbolo por antonomasia de la intolerancia. ¿Y cuáles son las ideas del liberalismo en el ámbito socioeconómico? Los liberales creen que el gobierno tampoco debe estorbar la libertad económica. Creen lícita y sana la competencia natural de los individuos para incrementar su riqueza.

Es decir, el gobierno debe intervenir lo menos posible en lo económico y en lo social. Ellos defienden las ventajas de la economía del libre mercado, es lo que se llama en francés l'ESFA. Piensan que el talento individual y que el espíritu emprendedor han de recibir las recompensas que merecen.

Es decir, no aceptan en ningún caso el igualitarismo social. Por eso, se preocupan sobre todo de aprobar leyes que garanticen el libre comercio y leyes que protejan y fomenten la libertad privada frente a las antiguas formas de propiedad del antiguo régimen. Es el final de los mayorazgos, de los señoríos, de las tierras comunales.

Es el final de privilegios corporativos como el diezmo o del poder de los gremios que también recortaban la libertad profesional. No parecen muy preocupados entonces por la cuestión social. Bueno, como vimos antes, ellos son fundamentalmente optimistas.

Es decir, confían en la armonía natural de los intereses individuales. En realidad, en un primer momento no creyeron que el capitalismo industrial pudiera llegar a ser la fuente de miseria y explotación en que luego se convertiría. Su ideal era una comunidad uniclasista, no de una sociedad sin clases, sino una sociedad de una sola clase, en la que todos los ciudadanos consiguieran ser propietarios.

Unos ciudadanos que se gobernasen a sí mismos, entre los que el sistema, digamos, económico de libre competencia alimentase ese autogobierno moderado y esas virtudes morales de las que hablaba de alguna manera antes. A veces se habla de liberalismo como sinónimo de democracia. Sin embargo, estos nuevos regímenes liberales tampoco son democráticos.

Solo vota una minoría, los más ricos. Efectivamente, no son democráticos. La participación de los ciudadanos se realiza por lo que se llamaba el sufragio censitario masculino.

Es decir, solo votan los hombres que pagan una determinada cantidad de impuestos, que son los que aparecen registrados en el censo. De ahí el nombre de censitario, sufragio censitario, lo que significa que solo tienen representación política aquellos que disponen de un determinado nivel de propiedades, de un nivel de riqueza. ¿Cómo justifican esta discriminación? La justificación teórica era que quienes no tenían propiedades no eran realmente libres porque, según decían ellos, hablarían por boca de sus señores.

Tras esta explicación estaba el temor en realidad que votasen opciones revolucionarias. En todo

caso, para muchos liberales tener propiedades era un indicador de capacitación para poder participar en política. Pensaban que quien tenía propiedad había demostrado que era lo suficientemente competente como para lograr independencia económica.

Por lo tanto, para tomar también decisiones políticas y para poder votar. Como ves, se trataba de una meritocracia, es decir, enlazaba los conceptos de propiedad privada con éxito económico y solo se concedía plena ciudadanía a los propietarios. Este discurso y estas reglas beneficiarán especialmente a un grupo social concreto, que va a ser la burguesía.

La burguesía que en los regímenes liberales será quien releve a la aristocracia o comparta el poder con ella. ¿La lucha por la democracia es entonces una causa posterior? En buena medida sí y lo mismo pasa con la cuestión social. En el primer tercio del siglo XIX la cuestión fundamental es la libertad.

En esa etapa el liberalismo junto con el nacionalismo, como veremos, es una doctrina subversiva y muy avanzada que lucha contra el absolutismo monárquico y el antiguo régimen para que los ciudadanos puedan disponer de sus propias vidas libres del control paternalista de la aristocracia. Pero una vez instaurados, los regímenes liberales beneficiarán sobre todo a los grupos de la alta burguesía o a los grupos asociados con ellas que se enriquecen al ritmo de la revolución industrial. Sin embargo, desde la década de los años 30 del siglo XIX, sobre todo desde 1848, resulta evidente que la economía capitalista produce crecimiento económico pero provoca también miseria y brutales desigualdades en el ámbito de lo social.

La cuestión social es desde entonces la que se va a imponer como el tema central de discusión. Así que los otros motores de la política decimonónica a partir de ese momento, a partir de la década de los 30 desde 1848, serán democracia e igualdad. ¿Quiénes van a ser los defensores de estas nuevas ideas? Serán los grupos que se sienten excluidos por el nuevo sistema liberal y sus controles censitarios, es decir, serán los demócratas, los radicales, serán intelectuales y políticos procedentes de la pequeña burguesía y otros sectores medios que se sienten excluidos de la política dado el control que ejerce la alta burguesía y la nueva y vieja aristocracia.

Estos demócratas se van a elegir en portavoces del pueblo, al que van a movilizar pidiendo la plena participación de todos en la política. Pedirán el sufragio universal masculino, lo que se llama la soberanía popular. En algunos casos, como veremos, utilizan causas nacionalistas para conseguirlo.

Demandan igualdad real de oportunidades, luchan contra la corrupción electoral, piden la libertad de expresión plena, educación y, por lo que se refiere al sistema social, las críticas correrán a cargo del pensamiento socialista y pronto también del anarquista. Ambos grupos de pensadores darán primacía a la reforma económica y social, sobre todo a estas cuestiones mucho antes que al tema de la participación política, y a la vez reintroducen de alguna manera el peligro de la revolución social. ¿Cómo se adapta el liberalismo a la competencia de estas fuerzas políticas y a los cambios socioeconómicos que ya se están produciendo? Pues en la

segunda mitad del siglo XIX la reflexión política se va a concentrar en el difícil equilibrio entre libertad e igualdad.

Se discutirá sobre el grado de intervención que los gobiernos habrán de ejercer para garantizar la igualdad de oportunidades en la nueva y compleja sociedad industrial. Pero es sólo al final del siglo cuando el pensamiento liberal asume que la libertad del individuo también se podía ver mermada por la pobreza y las desigualdades existentes. Fue entonces, a partir sobre todo de 1870, cuando los sectores más avanzados del liberalismo aceptaron la necesidad de integrar a las clases trabajadoras en el sistema liberal, es decir, aceptaron la democracia y empezaron a apoyar la necesidad de mayor intervención de los gobiernos en la cuestión económica y social.

Por lo tanto empezarán a defender economías mixtas con un programa de bienestar social. Pero quizá eso ya es otra historia que nos arrastra más bien al siglo XX. Con los acordes de la música de Beethoven volvemos al principio.

En paralelo con la evolución del liberalismo y la discusión sociopolítica, se desarrolla el fenómeno del nacionalismo. ¿Qué es? ¿Cómo se puede definir el nacionalismo? El nacionalismo se podría definir como una ideología que parte de la idea de que la humanidad está dividida en grandes comunidades de individuos que son las naciones, y que cada nación debería constituir un estado como único gobierno legítimo. Es decir, por una parte considera que la identidad nacional es fundamental e intrínseca a la vida social, y por otra suele asociarse con el principio de autodeterminación nacional, o el derecho, lo que podría ser el derecho de las naciones a configurar su organización sin la intervención de quienes no pertenecen a ella.

Y el tipo de organización que más frecuentemente se reclama es el modelo de la nación-estado. ¿Cuáles fueron sus orígenes intelectuales? Digamos que un componente decisivo arranca del pensamiento liberal y se formula ya durante la revolución francesa. Hasta la revolución la nación política, es decir quienes participaban en política, eran la nobleza y las clases superiores, que basaban su legitimidad en la tradición o en el derecho divino.

A fines del 18 los políticos liberales argumentan que la autoridad de todo gobierno procede de los gobernados. Las personas pueden crear una comunidad política, es la idea del contrato social de Locke, de la que derivará la autoridad del gobierno. Hacen depositaria de la soberanía la nación.

La nación es la comunidad de ciudadanos que han aceptado libremente una serie de derechos y deberes. Nacionalidad por lo tanto es sinónimo de ciudadanía. Uno no nace francés o español, perdón, uno no nace francés o español, puede hacerse por voluntad propia, por educación.

Por lo tanto el nacionalismo inicialmente fue una forma de denominar el principio de la soberanía popular. Pero esta idea no parece que tenga mucho que ver con el apasionamiento que produce en el fenómeno nacionalista, ¿no? En realidad los propios líderes revolucionarios añadieron pronto otros contenidos al concepto. Como la revolución estaba amenazada por las

monarquías europeas, los nuevos ciudadanos debían aprestarse a extender y sobre todo a defender sus valiosas conquistas políticas liberales.

Por eso con el lema cada ciudadano un soldado, cada soldado un ciudadano, los revolucionarios movilizaron militarmente al pueblo francés en un ejército de ciudadanos que terminó por invadir parte de Europa. La relación entre ejército y revolución cobró más relieve y para sostener el esfuerzo militar se estableció un régimen represivo, el terror, y se inició una propaganda que manejando sentimientos patrióticos y xenófobos ya existente, enfatizaba el valor del heroísmo y el sacrificio por la patria y sus ideas revolucionarias. Se hablaba incluso de recuperar las fronteras naturales de Francia y es el inicio ya de lemas como el todo por la patria.

Eso sí que tenía que ver poco con el liberalismo. Claro, en muy poco tiempo la noción de libertad individual que había atrás la primitiva idea liberal de nación quedó velada, quedó oscurecida por esta nueva noción digamos colectiva, la nación como una especie de voluntad general a la que había que supeditar la voluntad individual. Lo grave fue que esta nueva idea de identidad nacional se reveló como una fuerza movilizadora poderosísima.

Los revolucionarios franceses lo demostraron con su ejército. Se descubrió, y eso fue lo peor, que apelando a la nación en el nombre de la patria se podía legitimar casi cualquier acción política. Es decir, la revolución francesa dejó en herencia una idea liberal de nación pero también otra más irracional y exclusivista y sobre todo tan ambigua que podía ser usada, como veremos, para propósitos políticos bien distintos.

Además del legado francés, ¿qué otras aportaciones intelectuales enriquecieron la discusión sobre el nacionalismo? Quizá la más trascendente sea la alemana que se inscribe dentro del movimiento cultural del romanticismo. Para explicarlo habría que decir que el romanticismo afirma el valor de lo particular, de la diversidad, frente al universal. Era una reacción al racionalismo de la ilustración, sinónimo de lo impuesto por el ejército de Napoleón.

Al romanticismo no le interesa tanto el hombre, esa especie universal, con sus derechos, como redescubrir el pasado de los pueblos, hacer historia de las particularidades nacionales, exaltando su especificidad. Por eso filólogos, historiadores, filósofos van a estudiar la Edad Media, los orígenes medievales de las naciones, las lenguas nacionales, las leyendas, los mitos fundacionales, las tradiciones populares. En este contexto autores alemanes como Herder, como Hegel o como Fichte desarrollaron el concepto de la nación genio, una concepción etnográfica de nación.

La humanidad según ellos está constituida por distintos pueblos, pueblos que son como organismos vivos, que nacen y que mueren, que tienen su historia y tienen sobre todo su cultura expresada a través de la lengua propia. Estos pueblos forman las naciones. Ahora sí, uno nace miembro de una nación, nace alemán pero no puede hacerse alemán.

La nación se define por la diferencia, se define por la herencia. Hay una especie de

determinismo provocado por tener una historia común, una lengua o una cultura. A finales del XIX se empezará también a hablar de una raza común.

Lo extranjero puede considerarse como un agente negativo que llega a desnaturalizar la pureza nacional. El final, el sueño final de estas ideas es la fusión de todos en la idea nacional en la que desaparecen las clases sociales. Otra idea está que luego van a recuperar los fascismos en el siglo XX.

Esta corriente de pensamientos sobre el nacionalismo se alejaba todavía más de la interpretación liberal primitiva, ¿no? Absolutamente. Tenía poco que ver con el concepto de nación como el grupo de ciudadanos que voluntariamente se constituyen en estado. Con el romanticismo se incorpora lo sentimental, lo instintivo.

Se hace hincapié en el heroísmo frente a lo racional, en el compromiso emocional. Sin duda se refuerza la veta antiliberal e irracional del nacionalismo. Además, se abre la inacabable discusión sobre el concepto de nación que conduce a una fuertísima politización de la cultura.

¿Por qué se produce esa politización? Veamos. En el caso francés, la definición de nación estaba muy clara. Se trataba de un pueblo con su propio estado, con una identidad territorial histórica, una patria, una cultura, una conciencia nacional desarrolladas, una lengua común y era un pueblo socialmente homogéneo.

Pero eso no sucedía en otras partes de Europa donde faltaban uno o varios de estos componentes. O no había estado, o no había una lengua común, etc. En estos lugares políticos, intelectuales, historiadores, filólogos, artistas se involucran en el proceso de definir, de crear o de inventar identidades comunes con la esperanza de que pudieran servir de base para una nación.

Por ejemplo, trabajaban para convertir una identidad lingüística en una comunidad nacional floreciente que ayudase a transformar lo que primero sólo era una identidad territorial en una unidad política, en un estado. A veces se trata sólo de recuperar o de preservar una lengua. Otras veces hay que inventar todo un pasado a partir de una historia mítica.

En otros casos se trabaja para imponer una uniformidad cultural a fin de inculcar lealtad nacional. Es decir, se fomenta una política centralizadora de unidad nacional como la condición primordial de cualquier acción política. Sobre todo, se niega legitimidad a las instituciones y los programas políticos que amenacen estos objetivos.

Parece bien que estamos ante una potencial fuente de conflictos. Por supuesto. Al existir muchos criterios para convertir nacionalidades en naciones, criterios de religión, de idioma, de raza, se van a empezar a entrecruzar proyectos incompatibles.

Por ejemplo, pensemos en la zona de los Balcanes bajo control de los imperios turco, austrohúngaro y ruso. Allí había nacionalistas que pedían independencia para serbios y croatas. Otros defendían unirlos en una nación eslava del sur.

Otros pretendían crear una gran nación eslava que incluyera a los rusos y a los polacos. Estamos ante un fenómeno social muy poderoso que fue utilizado para canalizar proyectos políticos directamente antagónicos. ¿Qué tipo de proyectos? Primero, movimientos revolucionarios liberales que piden libertad política y soberanía nacional.

Serán las revoluciones de 1820, de 1830 y de 1848, como veremos. Después, también van a ser utilizados por proyectos conservadores que utilizan los enfrentamientos y los conflictos entre nacionalidades para sus planes diplomáticos y de realpolitik, para sus intereses nacionales, muy claro en el caso ruso o en el caso de la monarquía austrohúngara. Otras veces son proyectos estatales que supuestamente son modernizadores e intentan unificar culturalmente a la nación, a través del sistema educativo, por ejemplo, y que van a embarcar a los miembros de un Estado en un programa de acción nacional colectiva, un programa tras el que se esconde un intento de difuminar conflictos socioeconómicos y políticos y de contener muchas veces el impacto de ideas radicales y socialistas.

Y otras veces el nacionalismo legitimará directamente proyectos imperialistas y expansionistas que proclaman la alta misión civilizadora reservada a la historia de un pueblo. Sus consecuencias en el siglo XIX se manifiestan en el surgimiento de nuevas y grandes naciones como Alemania e Italia, también en la desintegración de estados multinacionales como los Países Bajos con la independencia de Bélgica o de los imperios español y portugués como con las independencias de Iberoamérica o con la desintegración de los imperios austrohúngaro y turco que van a dar lugar al polvorín político de los Balcanes. Al final la Primera Guerra Mundial y el imperialismo son herederos directos del fenómeno nacionalista, lo mismo que conflictos nacionales que se han arrastrado hasta hoy en la historia europea.

Pensemos en el caso irlandés o más cerca en el inicio de la problemática vasca y catalana en España por ejemplo. Quizá podríamos repasar brevemente cómo se van abriendo paso liberalismo y nacionalismo en la historia occidental a lo largo del siglo XIX. Como los alumnos saben las ideas liberales y la fuerza del nacionalismo primero van a ayudar a Francia a conquistar parte de Europa pero luego van a operar en su contra.

Los estados que luchan contra los revolucionarios y contra Napoleón van a imitar el tipo de movilización nacional utilizado por Francia. Además en aquellas regiones dominadas por Napoleón se va a desarrollar la conciencia nacional como reacción contra la invasión francesa y en parte también como imitación de las propias ideas revolucionarias que defendían la capacidad de los pueblos de disponer de sí mismos. Todo ello en ese clima cultural romántico de exaltación de las culturas nacionales del que hemos hablado ahora mismo.

Pues bien en ese contexto como si no hubiera pasado nada las grandes potencias monárquicas establecen un pacto antirrevolucionario y establecen unas fronteras imperiales que se comprometen a respetar. De esta manera como te puedes imaginar el conflicto estaba servido. ¿Cómo se manifiesta ese conflicto? Hasta 1848 podríamos hablar de movimientos revolucionarios que piden a sus monarcas constituciones liberales o democráticas y que en

muchos casos adoptan una lógica nacionalista porque es una dinastía extranjera la que impide la democratización política.

Los promotores son intelectuales, estudiantes, sectores del ejército a veces unidos en asociaciones secretas que traspasan las fronteras estatales. Estos sectores que pedían derechos políticos necesitaban unirse y formar alianzas populares que trascendieran las divisiones sociales, étnicas, religiosas o políticas existentes porque tenían enfrente el poder de poderosos gobiernos absolutistas y sólo forjando una identidad más amplia, emocional, la nación podrían llevar a cabo la revolución liberal o democrática y en este sentido hay tres momentos fundamentales como ya señalé antes 1820, 1830 y 1848. La primera oleada revolucionaria en 1820 va a fracasar.

Va a fracasar en Alemania, en Nápoles, en Portugal, en Piamonte, en Grecia, en Rusia, en Francia e incluso en España. Sin embargo la crisis española permite la independencia de Hispanoamérica donde se instauran repúblicas con constituciones liberales. Las cosas van a ser distintas en 1830.

Sí, esta segunda oleada revolucionaria que se inicia en Francia donde se proclama una monarquía liberal constitucional, no democrática, beneficiará a la alta burguesía pero estos acontecimientos lo que van a ser son simplemente un detonante para nuevos movimientos revolucionarios nacional liberal que se van a saltar con se van a saltar de nuevo con fracasos en Polonia, en Italia o en Alemania. Aún así el liberalismo se va a ir abriendo pasos, se va a ir abriendo paso en España, en Portugal, en Suiza y en Bélgica. También se consigue la independencia de Grecia con respecto al imperio turco.

El tercer y último movimiento revolucionario fue en 1848. ¿Qué ocurrió entonces? Entonces las ideas democráticas triunfaron en Francia donde se instauró aunque provisionalmente una república y se conquistó por fin la soberanía popular, el sufragio universal. En cambio el ejército austríaco aplastó la agitación nacionalista en Italia, en Alemania y en Hungría.

Sin embargo después de 1848 los regímenes señoriales, el antiguo régimen, ya habían sido abolidos en toda Europa excepto en Prusia donde la servidumbre no queda abolida hasta 1861. ¿Cuál va a ser el panorama después de 1848? Los movimientos revolucionarios van a perder fuerza definitivamente y la iniciativa va a pasar a manos de los gobiernos. Van a ser estados liberales poderosos los que van a usar en adelante la bandera nacionalista.

El estado prusiano será el que logre la unidad alemana, el estado piamontés, la unidad italiana mediante la guerra y la diplomacia y con intereses económicos y políticos bien distintos. Es la etapa del imperio francés de Napoleón III y se va a abrir la era del colonialismo y del imperialismo que definitivamente borrará cualquier resto de la idea liberal del nacionalismo que veíamos al principio. En un próximo programa tocaremos todos estos puntos.

Esta noche en nuestro programa de introducción a la historia del mundo contemporáneo nos ha acompañado la profesora Rosa Pardo. Hemos hablado del liberalismo y nacionalismo. Le

damos las gracias.

Muy buenas noches. Buenas noches. Despedimos la programación de la UNETAS al próximo miércoles.

Mañana, Día de la Inmaculada, será día festivo y no lectivo. Volveremos por tanto el próximo miércoles 9 de diciembre a nuestra hora habitual y en esta misma emisora. Nuestro primer espacio será la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales.

Después, Foro Político y Sociológico y Revista de Filosofía. Despediremos nuestra programación con curso de acceso como ya es habitual. Les esperamos el próximo miércoles.

Que pasen un feliz día festivo.